

El sapo más lindo

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Alicia Charré

loqueleg

Para Andrés, mi hijo.



EL SAPO MÁS LINDO

El indio más importante era de hueso y antes de que yo rompiera la base de madera donde estaba pegado formaba un bonito cenicero que mi tía le había regalado a mi mamá. Era cacique, un verdadero cacique pampa, con boleadoras y todo que llamé Panquequén.

Panquequén comandaba una tribu compuesta por veintidós indios apaches de plástico blando.

Una tarde, el cacique Panquequén y su tribu descansaban en la maceta roja del patio –por la mañana habían atacado en malón al fuerte de los carapálidas– cuando inesperadamente fueron atacados por el Teniente O’Hara y sus soldados.

Al teniente lo había ganado en los chupetines con premio. Era de plástico duro, panzón y enemigo a muerte de Panquequén. A O'Hara lo ayudaba un peligrosísimo dragón chino de porcelana (regalo de otra tía).

Así, tomados por sorpresa por los soldados y el dragón, los indios de Panquequén casi no pudieron defenderse. Algunos intentaron hacerlo pero, al ver que los atacantes eran más, optaron por esconderse en cualquier lado. Unos saltaron desde la maceta roja al suelo (¡cuarenta centímetros!) y pudieron esconderse detrás de una regadera. Otros se ocultaron entre las ramas de un malvón o detrás de las ruedas de mi bicicleta. Pero la mayoría de los indios fueron calcinados por el dragón o muertos por el teniente.

Solamente al cacique Panquequén se le ocurrió esconderse en la casita de mi perro Gutiérrez.

A las cinco de la tarde, Gutiérrez consideró que seis horas de siesta eran suficientes. Bostezó, asomó la cabeza para ver si llovía y, al incorporarse para salir de la casa, vio al cacique



Panquequén entre los pliegues de las mantas.

“Qué distraído soy —pensó Gutiérrez— me quedó un hueso sin guardar.” Agarró al cacique y lo llevó al fondo del jardín. “Es raro este hueso —pensaba mientras lo llevaba—. No tiene el exquisito aroma de la costilla embarrada o el caracú podrido.”

Hizo un pozo con las patas delanteras, empujó al “hueso” hacia el fondo y lo tapó echándole tierra encima con el hocico.

—*Panquequén estando perdido* —se lamentaba el cacique bajo tierra—. *Siendo mucha tierra para un solo indio. ¿Qué haciendo? ¡Ah! ¡Mí teniendo idea! ¡Llamando a lombriz Catalina!*

—¡Catalinaaaaaaaaaa! —rugió el cacique.

—¿Cómo le va, don Panquequén? —saludó la lombriz enseguida—. ¿Qué anda haciendo por acá?

El cacique le contó sus perances. Cuando terminó, Catalina le indicó que la siguiera y le mostró el estrecho túnel secreto, lleno de curvas, que sólo las



lombrices más viejas conocen. Panquequén pudo volver a la superficie.

Ni bien estuvo afuera hizo tres cosas:

1) Agradeció y se despidió de la lombriz Catalina.

2) Se aseguró de que no anduviera por allí el teniente O'Hara, el maldito dragón o mi perro Gutiérrez y, como no andaba nadie a la vista...

3) Emitió un terrible grito de guerra indio jurando vengarse del teniente y de sus soldados.

De todas formas no le iba a resultar fácil volver a la maceta roja donde los esperaban sus indios. ¡Estaba a más de veinte metros de distancia y delante de él cruzaba una caudalosa zanja!

Le costó decidirse. El agua corría velozmente arrastrando papeles, gigantescos escarbadientes, enormes corchos y restos de fideos; ¡mi mamá estaba lavando los platos!

Pero un héroe es un héroe.

El cacique vio que pasaba flotando una tapita de gaseosa y se dispuso a saltar sobre ella.

¿Y si dentro de la tapita venía tomando sol una repugnante y peligrosa cucaracha? Al valiente Panquequén le importó muy poco. Dio un salto, cayó rígido (¿de qué otra manera si el pobre no tenía articulaciones?) dentro de la tapita y se dejó llevar por la corriente hasta que pudo pasar a la otra orilla.

Apenas salió del agua corrió hasta la casa del sapo Lasik Borman.

De esta manera hace su entrada a este cuento el extraordinario sapo Lasik Borman, el sapo más lindo del mundo.

Después de escuchar al cacique, el sapo dejó el diario que estaba leyendo sobre la lata de sardinas que le servía de mesa, y respondió:

—Claro, hermano, ¿cómo no te voy a ayudar? ¿Para qué están los amigos, si no?

—*Si sapo Lasik Borman ayudando*— dijo el cacique—, *Panquequén regalando traje de buzo para el Día del Batracio.*

—No me interesan las recompensas materiales, cacique, lo hago por amistad—le respondió el sapo—. ¿Cuándo es el Día del Batracio? ¿El traje de buzo trae antiparras?

Minutos más tarde partían a toda velocidad. El viento golpeaba en la cara del cacique, que iba serio como indio en sapo.

Rodearon la palangana vieja, treparon la cuesta de pedregullo, saltaron el borde de un cantero. Allá lejos se veía como una manchita roja la maceta roja de la tribu.

Al llegar, el cacique fue aplaudido y ovacionado por sus indios de plástico blando. Después, parado sobre el sapo Lasik Borman, Panquequén explicó su plan. Los indios enseguida prepararon sus lanzas y sus flechas.

Aunque los manuales no hablan demasiado de esta batalla, se sabe que fue una de las más dramáticas que se conozcan.

La lucha duró casi media hora. El fuerte



de O'Hara, atacado de manera tan original, no pudo resistir. Los gritos de los indios, la nube de flechazos y sobre todo la desconcertante presencia del sapo Lasik Borman hicieron que los soldados se desbandaran totalmente. Ante la segura derrota, el teniente O'Hara buscó un escondite para que no lo tomaran prisionero.

Entusiasmados por el triunfo, los indios de Panquequén bailaron la Danza india de la Victoria: dos pasitos para allá, los brazos en alto, un grito que hace temblar todo el patio, etcétera. (Lasik Borman, el sapo más lindo del mundo, bailó con la gracia de un enano de cemento.)

En el mismo momento en que los indios festejaban, el perro Gutiérrez volvía a su casa. Había visitado a la gata de don Julio, es decir, la había perseguido un buen rato tratando de comérsela cruda.

De pronto, al mirar entre las mantas de su casita, se sorprendió:

—¿Pero cómo? ¿Estuve soñando? ¿A este hueso no lo había guardado ya?

El pobre O'Hara pensó: “¿Qué hace este perro? ¿Está loco? ¿Adónde me lleva?”.